

no por eso podemos admitir un resultado totalmente negativo en San Agustín —al modo como ha hecho cierta crítica racionalista de escasa conciencia histórica— si atendemos el punto de vista de la Historia en la formación de la idea de progreso»⁶.

La acción de un mismo factor —la herencia judeo-helena-romana— llevó a resultados discrepantes entre cristianos e islámicos, en el sentido de que acentuó entre éstos la tendencia a repetir los modelos y, por el contrario, sirvió de acicate a los cristianos europeos para seguir adelante.

A mediados del siglo XVII ya no se trató del respeto por los antiguos para superarlos, sino del rechazo para un desenvolvimiento más libre. Cualquiera que fuese el papel de las corrientes pesimistas, hay que reconocer la presencia de un «optimismo de los tiempos», imprescindible para la idea de progreso.

Sobre la nueva situación espiritual renacentista se produjo el hecho extraordinario del descubrimiento por los españoles de un nuevo mundo. La imposibilidad, relativa, de remitirse al modelo clásico para medir el nuevo continente provocó en los escritores españoles del siglo XVI una conciencia de superioridad. «Algún día daré a luz libros particulares de estos descubrimientos que, a juicio mío, son más grandes y dignos de admiración que los escritos por los antiguos cosmógrafos» (Pedro Mártir). Y López de Gómara, basado en la hazaña de la nao *Victoria* y la primera vuelta al mundo, decretó audazmente la «ignorancia de la sabia antigüedad». Las Casas significó «un tardío y admirable reverdecer —no el último— del mito de la edad dorada (...), sólo que en Las Casas ese mito, al asumir un carácter utópico, disconforme y renovador, opera o pretende operar como un factor de renovación de los modernos, hacia un futuro mejor». El pensamiento utópico de los escritores españoles del siglo XVI, americanistas, se desenvolvió en la dirección apuntada. Hay que destacar el esfuerzo racionalizador de José de Acosta sobre la naturaleza y la sociedad americanas. «Ellos fueron capaces de recoger la presencia de los nuevos hechos y orientarla en una visión dinámica de la Historia en claro sentido progresivo».

El verdadero humanista, el sabio, se atendrá a la razón como fundamento y garantía de la experiencia, del saber empírico (Luis Vives). Lo que universalmente se atribuye a los Bacon, Maravall lo testimonia desde la cultura española con Vives, el anatomista Valverde de Hamusco, el historiador Florián de Ocampo y el navegante Martín Cortés. El texto de mayor validez en este sentido pertenece a Francisco Sánchez el *Brocense*, quien tuvo «por malo creer a los maestros, porque para que uno sepa es necesario no creerlos, sino ver lo que dicen».

Corriente acumulativa, conciencia histórica, interés por lo nuevo y confianza en la experiencia personal y autonomía de la razón fueron los factores principales que en la crisis del siglo XVI, con el ascenso de la burguesía, se desarrollaron para dar origen a la idea de progreso, derivada más de los humanistas que del ámbito científico, sin perjuicio de reconocer en círculos de Vives y Tomás Moro decisivo interés por las matemáticas y la artesanía. Destacó tempranamente por su sistematismo la obra de Cristóbal de Villalón, *Ingeniosa comparación de lo antiguo con lo presente* (1539), que influyó en Tassoni. Y la obra del más riguroso tono moderno en el elogio de la actualidad fue la de Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*. En Gracián no se dio la idea de un proceso continuo

⁶ Maravall, ob. cit.

de mejora, sino de marcha hacia un fin que se logra en un momento dado, en cada cosa singularmente considerada.

Dentro de las fronteras temporales de su evocación, consignó Maravall que «el mañana es propiamente el reino del progreso». El paso siguiente llevará a la plena formulación de esta teoría tal como la conoció el siglo XVIII. «Se trata, en resumen, de reconocer un movimiento ínsito en la naturaleza de las cosas y, por ende, en la misma capacidad natural del hombre.»⁷

Puritanismo, secularización, retorno de lo sagrado

Robert Nisbet, otro de los sistematizadores de la idea de progreso⁸, se hizo en 1980 las preguntas de rigor: ¿nos aguarda una edad de oro o estamos en un proceso de degeneración? Para unos, el progreso consiste en el gradual perfeccionamiento del saber, especialmente de la técnica, el arte y de la ciencia como armas para resolver los conflictos que plantean la naturaleza y el vivir en sociedad. Se constata de muy antiguo la presencia de una convicción según la cual el carácter mismo del conocimiento es avanzar y mejorar objetivamente. Para otros, se centra en la situación espiritual del hombre, su felicidad, su capacidad para librarse de los tormentos que le infligen la naturaleza y la sociedad.

Hay quienes creen que estas dos tendencias están en relación inversa y que para alcanzar «la felicidad espiritual y el perfeccionamiento moral» se necesita que *no* aumenten los conocimientos del hombre. Existe «una relación inversamente proporcional entre felicidad y conocimiento» (Toynbee). Fijada en tales términos, es evidente que la idea de progreso no se puede verificar empírica y lógicamente. Sólo es posible afirmar, por ejemplo, que las artes de la medicina o de la guerra han avanzado y se puede demostrar que la artillería moderna es superior a las ballestas o las catapultas, pero «las cosas —determina Nisbet— se hacen casi desesperadamente complicadas y polémicas cuando tratamos de referir ese concepto de progreso (o regresión) a ideas como las de humanidad o civilización».

Para autores significados (Platón, San Agustín, Newton, Comte, Hegel, Darwin, Marx, Spencer) el progreso era un dogma y ninguno de ellos creyó en la necesidad de una prueba empírica. Ciertamente hubo escépticos (Tocqueville, Burckhardt, Nietzsche, Schopenhauer, Max Weber, Spengler), pero de todas formas la «abrumadora mayoría de los más grandes pensadores de la historia universal se muestra partidaria del dogma del progreso», el cual está al lado de los impulsos cruciales que han llevado a los extraordinarios logros de la civilización occidental. La creencia, paradójicamente, no siempre ha producido un impulso hacia adelante: ha convivido y convive «con otras creencias que la mayor parte de los occidentales consideramos repugnantes» (totalitarismos militares, racismo). «Todo hace pensar en estos momentos —concretó Nisbet— que la fe occidental en el progreso se va marchitando a lo largo del final del siglo XX.» Los motivos no están en guerras mundiales, totalitarismos, depresiones económicas y demás problemas políticos y militares, sino en hechos menos espectaculares referidos a la erosión que están padeciendo

⁷ Maravall, ob. cit.

⁸ Robert Nisbet, Historia de la idea de progreso. *Gedisa*, Barna, 1980.

las premisas intelectuales y espirituales en las que siempre se ha basado la idea de progreso.

Con base en Lovejoy, Dodds y otros, Nisbet remonta el conocimiento de la idea de progreso al mundo clásico griego y romano (afirmación polémica respecto a la teoría más generalizada de Comte, Bury, Cornford). La creencia griega en el progreso histórico proviene de Hesíodo (siglo VIII a. de C.). Otro matiz de Hesíodo entiende el presente como degeneración, pero Nisbet elige como más fértil la primera tendencia. El mito de Prometeo narrado por Hesíodo llegaría a ser una de las piedras fundamentales de la teoría griega del progreso, secundada por el *Prometeo encadenado* de Esquilo. Prometeo, la *previsión*, libró al hombre de la ignorancia, el miedo, y le donó ciencias y artes (mucho decir).

Sófocles elogió la grandeza del hombre que «lleno de proyectos en todas las cosas, nunca imprevisor, espera el futuro». Protágoras fue el primer filósofo social y moral que trató sistemáticamente la cuestión del progreso, como se pone de manifiesto en el *Protágoras* de Platón y en el relato que hizo aquél del desarrollo de la humanidad desde su estado de primitividad hasta la civilización griega. Platón, un siglo después, afirmó lo mismo en su obra de madurez *Las leyes*, semilla de la polémica entre antiguos y modernos. Lucrecio fue el defensor más destacado de la idea de progreso, culminó la era helenística y sugirió algunos aspectos de la selección natural darwinista. Su poema *De la naturaleza de las cosas* interesa por la imagen que da del desarrollo, y es el primero en emplear la palabra «progrediente». Nisbet enfatiza esta cualidad anticipadora, que en el siglo I a. de C. creó una atmósfera similar a la que podrá encontrarse en Turgot.

Si Séneca fue primitivista creyente en la Edad de Oro y pensaba que la historia tenía tendencia al empeoramiento del destino humano, por otro lado se le deben profundas observaciones sobre el progreso científico. Una frase suya será repetida durante diecinueve siglos y «veremos —anota Nisbet— que la utiliza San Agustín, es la base misma de la victoria de los modernos sobre los antiguos y Comte la convierte en el eje de su *ley del progreso*. La frase es la siguiente: «Tanto si el mundo es un alma o un cuerpo sometido al gobierno de la naturaleza, como los árboles y las cosechas, en su constitución misma alberga todo lo que está destinado a experimentar activa o pasivamente desde sus comienzos a su final; se parece a un ser humano, cuyas posibilidades están contenidas en su embrión ante de su nacimiento».

Que griegos y romanos no tuvieron una visión del progreso artístico y científico y sólo creían en el tiempo degenerativo, como se afirma en términos generales, es una falacia para Nisbet.

La fe cristiana de ultratumba nunca ha tenido fuerza suficiente para anular su interés por las cosas de «este mundo». Los cristianos plantearon la idea de unidad humana a través del universalismo de la Iglesia católica, que alcanzó su máxima expresión en san Agustín: «La educación de la raza humana, representada por el pueblo de Dios, ha avanzado, como la de un individuo, a lo largo de ciertas épocas o eras que le han permitido irse elevando de las cosas terrenales hacia las celestiales, y de lo visible a lo invisible». La misma frase será usada por los pensadores secularizados de los siglos XVII y XVIII, la analogía célebre entre el proceso de avance de la humanidad y el que experimenta un individuo en particular. Ello se relaciona con la concepción objetiva y lineal que el obis-